

Juan José Rodinás

ALGORITMO PARA CAMBIAR EL FLUJO DE LOS RÍOS

Antología 2020-2000

colección **LETRAS**
CLAVES

Algoritmo para cambiar el flujo de los ríos • Antología 2020-2000
© Juan José Rodinás, 2023

Fernando Cerón Córdova
PRESIDENTE CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

David Larriva Regalado
DIRECTOR PUBLICACIONES Y EDITORIAL CCE

EDICIÓN:
Diego Chamorro

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN:
Natalia Monard Guzmán

DISEÑO DE COLECCIÓN:
David Kattán

OBRA DE PORTADA:
Fragmento de *La lección de música*,
Johannes Vermeer. 1660
© Royal Collection, Palacio de Buckingham, Londres

Primera edición
ISBN: 978-9942-34-103-7

IMPRESIÓN: Fondo Editorial CCE



Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión
Avs. Seis de Diciembre N16-224 y Patria
www.casadelacultura.gob.ec

Quito-Ecuador

ALGORITMO PARA CAMBIAR EL FLUJO DE LOS RÍOS

Antología 2020-2000

juan José rodinás

Nota del editor

El mundo hecho de sonidos, canciones, pinturas,
fotografías, poemas, ríos, secretos
Ut pictura poesis-música

*El espíritu del mundo es el sonido
de las espadas samurais chocando,
samurais que son ciborgs,
ciborgs que meditan su velocidad,
mientras cae la nieve
junto a un bosque de cerezos en flor
(el bosque debe ser realista).
Estereozen: el sonido del río
entre los árboles, un coche avanza
en traducción de la velocidad
a lengua desconocida.*

Juan José Rodinás, «Avisos Noh», *Código de barras*.

El sonido de la naturaleza es Estereozen y la poesía de Rodinás se hace material incandescente en la imaginación y memoria del lector. El sonido del río y el devenir, es decir, su flujo; siempre visto desde el movimiento, el flujo intenso, la corriente de palabras, lo indómito del lenguaje poético, la coyuntura del cálculo de lo imposible: la poesía y su primer conato de interpretación, donde se manifiesta la premisa de lo poético: hacer posible lo imposible. Esa es la muestra del mundo que construye el poeta y su estela en el horizonte de la literatura, su naturaleza en el marco de la palabra, su mirada en el universo de lo cotidiano,

su propuesta que va más allá de una lengua, de un ritmo, de una rima; la poesía se convierte en el mundo del poeta.

Este dispositivo que acercamos al lector es una antología del trabajo de Juan José Rodinás, probablemente una de las voces más importantes y fuertes de la poesía actual en América Latina. Desde un devenir en reversa presentamos *Algoritmo para cambiar el flujo de los ríos. Antología poética 2020-2000* un trabajo de alrededor de quince libros compilados en una labor poética de veinte años.

Este libro propone hacer una muestra importante de la poesía de Juan José Rodinás, desde la selección, discriminación, lectura y propuesta de poemas que sean referentes del trabajo poético del autor, donde se registre su voz y sea característico su planteamiento de ver el mundo a partir de la poesía. No solamente se quiere construir un modelo del estilo y registro poético de Rodinás, sino también, el crear un universo de recreación estética para el lector.

Caminamos hacia atrás (*Antología poética 2020-2000*) con la intención de permitirnos pensar la «actualidad» de la poesía de Rodinás. Michel Foucault en el curso *El gobierno de sí y los otros* en el Collège de France (1982-1983) hace referencia al concepto «actualidad» y señala que para utilizar esta palabra connota el regresar a ver todos los referentes que marcan la utilización de esta palabra; ese regresar a ver en la poesía de Rodinás es lo que se buscó para elaborar esta propuesta de antología. Registrar desde *Un hombre lento* (2019) hasta *Los Rastros* (escrito entre el 2000 al 2006), además de los libros publicados colocamos una selección de poemas inéditos de *Blues de las esferas* (escrito en 2007, no publicado nunca). Haciendo de esta antología un diálogo cercano al universo del poema con el latido del poeta.

En el punto liminar de los paratextos; el prólogo es un texto bellissimo de León Félix Batista donde se enfoca en la composición ontológica del Ser Juan José Rodinás a partir de su mundo poético. Los dos epílogos finales son del autor desde fechas, contextos, circunstancias, memorias y sentires diferentes; pero son textos importantes que remiten al flujo inexorable del tiempo a cuenta gotas y el espacio en movimiento perpetuo.

Para esta edición se quiso añadir como anexos una especie de Playlist de canciones¹, bandas musicales, pinturas, esculturas, fotografías, películas, directores, artistas, escritores, filósofos, obras citadas, poetas, bailarines, deportistas, científicos y demás referencias importantes que marquen las ramas intertextuales de la poesía del autor. En estas listas se quiso dar cuenta del trabajo visual, sonoro, intuitivo, racional, irracional, conceptual, sensitivo y afectivo de la poesía de Juan José Rodinás. Quiero

¹ Esta playlist a manera de soundtrack tendrá un QR para que el lector pueda apreciar de las referencias musicales de manera directa en una plataforma de música.

resaltar que no tiene afán de ser una edición crítica, ni explicativa; solamente se quiso acercar de manera más interactiva el texto a nuestro posible lector.

La imagen visual es una categoría transversal a la literatura y la pintura, de forma que favorece múltiples intercambios entre ambas artes. De esta misma manera la composición multisensorial y estética de la poesía de Rodinás hace que el cruce de artes como música, cine, poesía, pintura, escultura y literatura sea como una vertiente inagotable de mundos posibles y aconteceres expresivos.

Como lo señaló Lessing en el *Laoconte* la poesía es un arte temporal y la pintura un arte espacial, lo que los colinda es que las dos son artes de la naturaleza. Lo propio con la música, que puede ser considerada del lado temporal, más cercana a la poesía; pero, también parte de la naturaleza. Desde la premisa de los versos de Horacio en su *Epístola a los Pisones* (Ars poética): «Ut pictura poesis» la estética quiere pensar de manera orgánica y natural el arte, es decir, «la poesía como pintura o la pintura como poesía». El arte y la vida se conjugan en el mismo mundo, el mundo del poeta.

La poesía de Juan José Rodinás juega a interpretar el mundo, su naturaleza va cargada de arte y desde un campo multidiscursivo acudimos al acontecimiento del ojo del caminante con la mirada de extrañamiento, siempre acontecido por la sorpresa de los hechos y situaciones; también, como un coleccionista de emociones, sensaciones, afectos, recuerdos, pinturas, canciones, haikús, poemas, ilusiones, amores realizados, amores fracasados, ejercicios de éfrasis, imaginación, sueños, secretos y una buena pizca de locura. Eso es la simbiosis de la vida, el mundo y la poesía.

María Zambrano ilustra la condición del secreto hablado de la poesía en «Por qué se escribe», lo menciona de una manera sugerente: «La poesía es secreto hablado, que necesita escribirse para fijarse, pero no para producirse. El poeta dice con su voz la poesía, el poeta tiene siempre voz, canta o llora su secreto. El poeta habla, reteniendo en el decir, midiendo y creando en el decir con su voz, las palabras. Se rescata de ellas sin hacerlas enmudecer, sin reducirlas al solo mundo visible, sin borrarlas del sonido».

La poesía como el ámbito más transgresor de la lengua, pero también del mundo. Como filosofar con anarquía lingüística y desmesura irracional. La poesía impacta en la soledad del poeta en el habitar su mundo cuajado por palabras, cuerpos y afectos. El poeta convive con su secreto, lo dice y acontece, pero necesita escribirlo, fijarlo, conjeturarlo y exponerlo al universo. Este es el secreto hablado de este algoritmo incalculable del mundo de Rodinás.

**Diego Chamorro,
Editor
Casa de la Cultura**

Prólogo

La poesía como bloques de construcción de(I)ego

Formular un algoritmo literario. Construir (no escribir ni crear) un libro para instaurar (vale decir: fundar, establecer) un sujeto en el lenguaje: médula que vertebra este *corpus* de expresión. Y eso hace de este tomo —que condensa 20 años de la poesía contundente de Rodinás—, no un objeto cultural en el mercado numerario de las almas, sino un dispositivo para fundar el Ser, para fundar-se en cierto modo, en modo escritural.

Ello porque el poeta mismo es el lugar (Ambato, Quito, Leeds, un páramo o Yorkshire) aparte de estar en él. Y él es quien interpreta antibaladas y yaravíes frente a fotografías, «el mapa de circulaciones que se llama a sí mismo Juanjo», como marcador semántico constante. Y como consta en estas páginas, Juan José Rodinás (constituido en una de las voces más relevantes de la poesía latinoamericana del momento) está modificando al escribir, deliberadamente, la brecha entre la universalidad de los sujetos y la singularidad de lengua.

Su propia psique como nave nodriza para ir por el espacio rítmico, y ponerla en relación con la presentidad del orden material, preponderantemente con su aspecto plástico. Y entonces ¡cristaliza!, escurriendo y vulnerable como un grafiti fresco, como hacer filosofía con un tubo de aerosol. A sabiendas de que «yo» es un desconocido y la identidad tiniebla.

El lector experimenta la inquietante sensación de que este libro se autodestruirá después de ser leído, porque se refiere a él (pese a la rúbrica de otro). Uno cree que dejará de ser un libro cuando las palabras floten sobre

el espacio liso y se puedan atrapar con una mano. Es fácil determinar lo que subyace en dicha práctica: la impugnación continua del sujeto a favor del predicado de los hechos. Lo complejo es el temblor mental que queda. Pues ¿qué harás cuando las páginas se queden sin las letras, demolida la morada de tu ser, el resplandor del blanco sobre blanco ardiendo?

Tender un hilo de inteligibilidad, con «música inaudible», entre el yo y no el otro, sino *lo otro*, que es el dédalo *per se*, con los caminos truncos y *dead ends* existenciales: baliza y salvavidas. Emprender el acarreo de lo que ha ocurrido, la inconstancia del instante, la fijeza en movimiento y los residuos de la velocidad: esta es su función sintética. Parece que nos deja naufragar para exprimir silencio a su cosmología cotidiana. Pero después pregunta, evoca, invoca, siempre al sesgo del sentido, con intensidades lúcidas. Y sabemos que seguimos sobre la línea de flotación de sus poemas por la filiación armónica que nos suscita.

Lo cierto es que el punto explícito de su cartografía no es tan solo un postulado metafísico, sino también la apertura de un portal: profundizar en una percepción por tópicos y encontrarle claridad a un contenido, contenido (no es un eco) en su expansión. En su expansibilidad, las líneas vienen, van, con pericia de trapecio, pretérito y hodierno en simultaneidad: «Mi niño *on the rocks* dreña mi cabeza usando un láser» y también «Escribo desde el láser de la noche (...) donde un hombre viejo se rasga los brazos y los dientes para sentirse vivo». Un «niño reversible», en fin, puras *fantasías animadas de ayer y alrededores*, como titula un poemario suyo¹.

Esta compilación, no obstante, se lee como se ve *Irreversible*, el filme de Gaspar Noé: desde lo más reciente a sus principios. Por eso enmarca las dos etapas en que más claramente se fragmenta su modo de urdir poemas: la que parte desde *Barrido de campo* (2010) hasta *Anhedonia* (2013), influenciada por el neobarroco y la poesía del lenguaje; y la «voz segregada, sensitiva, reflexiva»² que desemboca en los recientes *Cuaderno de Yorkshire* (2018), *Yaraví para cantar bajo los cielos del norte* (2019) y *Un hombre lento* (2019), *intersecada por Kurdistán* (2017) —que, de acuerdo con su autor,

¹ Con dicho libro obtuvo el Premio Aurelio Espinoza Pólit y fue publicado por la PUCE-Quito 2021.

² «Una poesía de las cosas concretas» Entrevista a Juan José Rodinás por César Eduardo Carrión. Revista *Elipsis* número 3. <https://www.elipsis.ec/dialogos/entrevistas/una-poesia-de-las-cosas-concretas>

hace equilibrio entre ambas miradas—³, y el *bonus track* de inéditos que fueron fijando esa foto movida que es todo cúmulo biográfico.

En sus momentos barrocos actúa «el tratamiento de la materia por masas o agregados» (como dice Deleuze que Wölfflin dijo).⁴ En la siguiente fase, de cable a tierra, se puede atestiguar su tránsito desde la destrucción —o reconstrucción— de los órdenes lingüísticos y la supuesta representación de lo real por las palabras, la puesta en cuestión de la correspondencia entre palabras y cosas (Wittgenstein, Foucault), hasta amasar las cosas con palabras.

Podemos leer su estilo «como la casa de un hombre escribe que falló en construir lo hermoso» (*Happiness: finale*), en virtud de que procede como una refacción de realidad, de un tejido interrumpido que remonta hasta el origen siendo el fin, rehaciéndose. Yo sé que no son más que mis aproximaciones. Pero pienso que leerle es recibir información ramificada desde un punto móvil que se fija en un *momentum* de conciliación con lo real, puesto en abismo, sin embargo. Y que se puede libro a libro rearmar, como los bloques de lego, en *action figures*, en figuras literarias, y atrapar el tiempo en tropos: en un solo poema la simultaneidad de formas, y un verso, un multiverso.

León Félix Batista

³ Ibid.

⁴ En *El pliegue: Leibniz y el Barroco*, Paidós, Barcelona, 1989.

*Buscar la forma más enérgica de color posible,
el contenido carece de importancia.*

MATISSE

una casa ambulante

En un punto, me quedó solamente la calle donde viví, la calle donde nací, la calle donde moriré. Solamente esa calle de principio a fin, en todas sus mañanas, en todas esquinas. Solamente esa calle, donde los autos se estacionan y la gente vende pan o pollo. Grúas. Farmacias. Ambato. Leeds. Quito. Quito. Los perros a los que yo les puse un nombre. Las caminatas infinitas bajo los álamos. Las hojas secas sobre los automóviles. Un sueño donde alguien me toca el rostro, mientras las ambulancias atraviesan la noche.

UN HOMBRE LENTO

(2019)

Biografía para Freddy Mercury dentro de un cuadro de Caspar David Friedrich

(¿Por qué no existe un punto del espacio-tiempo
donde el espacio es tiempo y viceversa?)

A Luis Carlos Mussó

1. Un micrófono girando
en un teatro de Manchester contiene
un agujón de niebla
que baja hasta el surco exterior
de un acetato viejo:
los discos de mi adolescencia
sobre el cuadro de un pintor romántico,
las tiendas de los años ochenta,
sobre la piedra, tu pie, la mansedumbre:

desde el silencio
viene el rock
de la isla demente.

2. Y podrás caminar,
sobre una avenida llamada Rapsodia Bohemia,
sobre el mar sin esquinas,
tu mirada,
tu voz en Knebworth Park,
el último concierto,
sobre el mar de las estrellas,
Londres,
un cabaret flotante,

la lluvia de invierno, las ruedas moscovitas,
una red de pescar una estrella medusa,
una galaxia sobre el agua del Támesis,

cabaret de la lógica tu voz de ángel melancólico,
giran las amapolas de agua sobre una bota de cuero

estás en un lienzo imposible,
(en el lienzo amarillo usas tirantes y bigote),

fiel a tu propia vida,
fiel a tu propia vida paradoja, cantas
«nothing really matters» ante el flujo del Mercy

y el cielo deja caer los frutos del no árbol
sobre el viajero de espaldas, el no rostro,

sólo el paisaje pesa lo inhumano
entre acantilados de discos partidos y ciruelas.

3. Los ojos de Mercury son Chevrolets descapotables.

Los ojos de Mercury recuerdan
la luz de un cometa disuelto en una copa de martini.

En este pueblo hay 2 tipos llamados Farrokh Bulsara,
pero ninguno se llama Freddie Mercury.

Freddie no dijo, pero pudo decir:
«sólo amo lo que sabe bailar».

4. Vestida con peluca rosa, va tu voz, Freddie,
al interior de un auditorio con olor a hachís, va tu voz de azúcar
y cerveza,]
—el concierto en Hyde Park, 77, pequeña tienda del verano—
pólvora de amapolas desde una escopeta
o un colisionador de hadrones
(que dispara)
contra un mural de hielo.

Llevas un arlequín de malla (negro, blanco),
inspirado en un traje de Nijinsky.

Sin embargo, un bastón italiano,
te guió en el ascenso al cielo de los músicos.

(Mi realidad, Orfeo Mercury,
es el infierno lluvioso de una calle quiteña).

Por eso, peldaño por peldaño,
entre cardos y espinos de Glastonbury,
los chicos que juegan con motos y chaquetas de cuero,
—un par van al gimnasio—
bailan esta noche contigo: escuchan, bailan
la estrella *del ser que va a morir*.

Los signos de tu vida
son caballos de fuerza que ruedan y devoran la noche de la ópera.

Junto a un Studebaker de los años cincuenta,
(que no manejas nunca)
te encuentras solo, Freddie.

Vas por la montaña (tus zapatos dividen varios nidos de niebla),
caminas entre la multitud,
como un mesías de la música sobre las aguas ligeras del aplauso,
entre los fans, la fiesta y el cielo interrogado.

El último canto de la vida es la vida al interior del canto—
más que pensar, sientes,
una aguja de morfina como un mar que reposa
debajo de la sangre: haces
muy frágil tu último segundo:
(el resplandor del hueso
y el silencio de unos casetes abandonados).